



Sarah Piazza
Amherst College

Apetitos voraces, impulsos animales y relaciones nutricias: El cuestionamiento de la maternidad normativa en Guadalupe Nettel

Voracious Appetites, Animal Impulses, and Nurturing Relationships: Questioning Normative Motherhood in Guadalupe Nettel

Resumen

El presente artículo analiza cómo las escenas de alimentación y la presencia animal en dos cuentos de la colección *El matrimonio de los peces rojos* (2013) y en la novela *La hija única* (2020) de la autora mexicana Guadalupe Nettel hacen resaltar el cariz abyecto de la maternidad, según el concepto de lo abyecto que teoriza Julia Kristeva. Sostengo que los aspectos abyectos del proceso de matenar en estas obras apuntan a la ambivalencia con la que las protagonistas viven la maternidad real o hipotética. Su ambivalencia cuestiona la idoneidad de la familia nuclear y acaba por señalar la necesidad de configuraciones familiares alternativas que reconcilien el matenar y la autorrealización.

Palabras claves

Guadalupe Nettel, la maternidad, matenar, alimentar, lo abyecto, animales.

Abstract

The present article analyzes how feeding scenes and the presence of animals in two short stories from the collection *El matrimonio de los peces rojos* (2013) and the novel *La hija única* (2020) by the Mexican author Guadalupe Nettel highlight maternity's abject aspects according to Julia Kristeva's theorization of the abject. I maintain that the abject qualities of mothering in these works point to the ambivalence with which the female protagonists experience real or hypothetical maternity. Their ambivalence calls into question the ideal nature of the

nuclear family and indicates the need for alternative family configurations that reconcile mothering and self-realization.

Keywords

Guadalupe Nettel, maternity, mothering, feeding, the abject, animals

En los cuentos “Felina” y “Guerra en los basureros” de la colección *El matrimonio de los peces rojos* (2013) y en la novela *La hija única* (2020) de la autora mexicana Guadalupe Nettel, alimentar a otro ser, ya sea un animal o un humano, trasciende la maternidad biológica. De distintas maneras, estas tres obras revelan cómo cuidar de otro al nutrirlo pone en evidencia la cercanía incómoda entre lazos afectivos destructivos y nutricios, lo cual se relaciona con el concepto de lo abyecto que teoriza Julia Kristeva en su ensayo *Powers of Horror. An Essay on Abjection* (1980). En las tres obras de Nettel, varios tipos de fronteras se revelan porosas: las fronteras entre seres humanos, entre seres humanos y otros animales y entre nutrir la vida y arrebatarla. La porosidad de estas fronteras, una característica de lo abyecto, sale a relucir durante las escenas de alimentación en particular. Al igual que lo abyecto de Kristeva amenaza el orden establecido (Kristeva, *Powers* 65), lo porosas que son estas fronteras en Nettel posibilita una ruptura con un concepto normativo de la familia nuclear bajo el que se idealiza la maternidad biológica.

Guadalupe Nettel (n. 1973) rehúsa estar agrupada con una determinada generación literaria, y sus obras eluden la clasificación en un movimiento o generación específica según Valerie Hecht (50-51). Varios críticos literarios, sin embargo, incluyen algunas de las obras de Nettel en constelaciones de textos

mexicanos del siglo XXI que incorporan lo inusual¹ o lo fantasmal.² Cabe señalar que tanto Hecht como la escritora mexicana Valeria Luiselli notan que Nettel comparte con otros autores mexicanos contemporáneos la inclusión de lo abyecto en su ficción (Hecht 51; Luiselli). Si bien Nettel no pertenece a una corriente literaria definida, se han estudiado las obras que el presente ensayo pretende analizar desde tres acercamientos principales: lo inusual, la presencia animal³ y lo femenino o materno.⁴ Las tres ópticas críticas concuerdan en que Nettel cuestiona el orden patriarcal heteronormativo. En los estudios previos de la narrativa de Nettel y, en particular, de los diversos cuentos que componen *El matrimonio de los peces rojos*, se suele interpretar el cuerpo femenino como un ente rebelde que socava las normas sociales. En su interpretación de los paralelos entre el cuerpo de la protagonista de “El matrimonio de los peces rojos” y la hembra de sus peces betta, Gaetano Antonio Vigna constata que “el cuerpo se convierte en espacio de denuncia de las expectativas culturales y sociales sobre el papel de madre” (353). Tanto Emanuela Jossa como Paula Daniela Bianchi analizan cómo los cuerpos femeninos en distintos cuentos de Nettel “cuestionan y ponen en tensión las instituciones disciplinadoras de los Estados nación—el matrimonio, la reproducción maternal, la

¹ Carmen Alemany Bay identifica en un grupo de narradoras mexicanas que nacieron en los sesenta y setenta, pero cuya obra se publica sobre todo a partir del siglo XXI, lo que denomina la “narrativa de lo inusual” [. . .] Lo inusual vendría a ser una mezcla híbrida de la representación de la realidad tradicional y una realidad insólita, su síntesis” (8).

² En *Nuevos fantasmas recorren México: lo espectral en la literatura mexicana del siglo XXI* (2020), Carolyn Wolfenzon analiza lo fantasmal en ocho autores mexicanos contemporáneos: Guadalupe Nettel, Valeria Luiselli, Yuri Herrera, Emiliano Monge, Daniel Sada, Élmer Mendoza, Julián Herbert y Carmen Boullosa.

³ Los estudios críticos de la presencia animal en la narrativa de Nettel suelen concentrarse en el cuento “El matrimonio de los peces rojos” (Lámbarry y Gálvez Cuen, Valverde, Wentworth). Este análisis no se centra en dicho cuento porque la presencia animal y las escenas de alimentación reflejan la relación de pareja entre la protagonista y su esposo. Por ejemplo, Lucie Valverde muestra cómo las semejanzas entre la brutalidad de los peces betta en “El matrimonio de los peces rojos” y la pareja humana acaban por cuestionar el discurso de la pareja heterosexual que vive con felicidad la llegada al mundo de su prole (Valverde 131).

⁴ Los críticos que analizan lo femenino o lo materno en *El matrimonio de los peces rojos* o *La hija única* incluyen a Magdalena Perkowska y Werner Mackenbach, Fernando Rosenberg y Lucie Valverde.

familia, las relaciones sexoafectivas convencionales y heteronormativas” (Bianchi 74-75).⁵

El análisis con el que este trabajo dialoga más proviene del artículo de Fernando Rosenberg, “Maternar: Familiaridades extrañas en *Los niños* de Carolina Sanín, *La hija única* de Guadalupe Nettel, *La perra* de Pilar Quintana y *Mugre rosa* de Fernanda Trías”. Rosenberg emplea el verbo “maternar” y el sustantivo “maternaje” para referirse a las diversas maneras de ejercer los cuidados asociados con la maternidad fuera de los papeles convencionales de la maternidad biológica o la adopción oficial (Rosenberg 176-177).⁶ Cabe señalar que, aunque el verbo *maternar* y el sustantivo *maternaje* no figuran en el diccionario de la Real Academia Española, ambas palabras están definidas en el *Diccionario del español actual* de la Fundación BBVA.⁷ Las definiciones de ambas palabras hacen hincapié en los comportamientos “propios de la madre” o maternales, aunque habría que cuestionar cómo las sociedades determinan lo que es propio de la madre. En las cuatro novelas que Rosenberg analiza, identifica “el deseo de imaginar otras formas de convivencia” más allá de los lazos familiares convencionales que reproducen el patriarcado y sus injusticias (Rosenberg 177).

Si bien sostengo, como Rosenberg, que *La hija única* aboga por la necesidad de encontrar y validar otras maneras de cuidar del otro fuera del molde tradicional

⁵ El texto de Jossa al que me refiero es el capítulo “Cuerpos asimétricos y bichos. Género y devenir en los cuentos de Salvador Canjura, Claudia Hernández, Guadalupe Nettel y Denise Phé-Funchal” incluido en el libro *Escrituras en femenino en las literaturas centroamericanas*. Jossa constata que, en las cuatro autoras de su estudio, el cuerpo femenino se convierte en un espacio de rebeldía y “reinvención” (Jossa 168).

⁶ Rosenberg anuncia, “se trata de explorar un espacio liminal en donde lo maternal se deshace de pretendidas fuerzas primarias y supuestos vocacionales que identificarían a la maternidad como un llamado ineludible de la biología, la constitución genérica, o el destino. Es socialmente aceptado que este llamado o vocación podría realizarse también en la adopción; pero no se trata tampoco de esto, sino de maternajes inciertos, contingentes, e ininteligibles, sin nombre propio en las categorías normativas del parentesco” (176-177).

⁷ El *Diccionario del español actual* define *maternar* así: “A (transitivo) 1 Cuidar como madre [a un hijo pequeño] b) cuidar maternalmente [a una persona] B (intransitivo) 2 Ser madre o cumplir las funciones propias de madre. Normalmente referido al cuidado de hijos pequeños” (corchetes y cursivas en el original). Define *maternaje* de esta forma: “m (Psicología) Cuidado y protección propios de la madre”.

de la familia, nuestros trabajos tienen enfoques distintos. En el de Rosenberg, la temporalidad ocupa un papel importante (177), lo cual se destaca en su conclusión: “Estas obras son, entonces, respuestas [...] a la pregunta sobre cómo cultivar afectos mutuamente generativos, íntimos, e inclusivos, en tiempos desquiciados y precarios, en un presente des-familiarizado que ofrece poco sustento para proyectar un futuro deseable” (193). En cambio, mi ensayo analiza y cuestiona el retrato de la maternidad con tintes abyectos, los cuales destacan gracias a las escenas de alimentación y la cercanía entre seres humanos y animales, tanto en la cuentística de Nettel como en su novela más reciente. Los rasgos abyectos de la maternidad en Nettel, que incluyen la fluidez de las fronteras entre seres vivos y la proximidad entre el impulso de cuidar y un impulso destructivo, hacen posible una ruptura con los papeles de género fijos y represivos que el orden patriarcal tradicionalmente ha dictado. El ejercicio no normativo de la maternidad en Nettel desmiente la idoneidad de la familia nuclear y señala la ambivalencia de las protagonistas frente a la maternidad. En última instancia, las obras de Nettel proponen la necesidad de configuraciones familiares alternativas que reconcilien el maternar y la autorrealización.

En “Felina”, la maternidad compartida entre la protagonista y la gata Greta con la que convive ilustra la relación compleja y ambigua que las une y que sin duda desafía un vínculo corriente entre “dueña” y mascota. La protagonista y narradora en primera persona, personaje sin nombre, reconoce desde la primera frase del cuento que “[l]os vínculos entre los animales y los seres humanos pueden ser tan complejos como aquellos que nos unen a la gente” (Nettel, “Felina” 63). La narradora es una historiadora que rememora una experiencia que tuvo al final de la licenciatura cuando terminaba su tesis, solicitaba becas para estudiar el posgrado y alquilaba un departamento espacioso. En el momento narrado, la protagonista no transita una época de su vida que propicia cuidar de otro, pero sin planearlo acaba acogiendo a dos crías de gato separadas de su madre y abandonadas. La manera en que la narradora describe el inicio de su relación con los gatos evoca el despertar de un impulso de cuidarlos: “los gatos que tuve como estudiante dependían



exclusivamente de mí. Desde el momento en que entraron en mi vida, sentí el deber de protegerlos y fue *esa sensación*, hasta entonces desconocida, la que me hizo adoptarlos” (el énfasis es mío) (65). Este deseo repentino de proteger a las crías se podría calificar de materno. Más adelante, la narradora misma identifica su papel en el trío que forman ella, Greta y Milton, el gato, como “maternal” (67). Desde el principio de la relación entre la protagonista y los gatos, la alimentación y el cuidado se entrelazan. Durante las primeras semanas de convivencia, mientras los gatitos se adaptan a su nuevo entorno, lo único que la narradora puede hacer para ellos es dejarles comida y leche (66).

Si bien el vínculo entre la protagonista y Greta y Milton comienza como uno en que la estudiante ejerce de madre de los gatitos indefensos, esta relación pronto se convierte en una mucho más parecida a una amistad entre pares que satisface las necesidades sociales y afectivas de la narradora (Nettel, “Felina” 67). La presencia de los gatos en el apartamento incluso suple a un posible compañero de piso. La sintonía entre la protagonista y Greta es tal que comparten la experiencia de gestar. Los celos de Greta corresponden con una aventura romántica de una sola noche entre la narradora y un inquilino de paso. Poco después de que Greta muestra evidencia de estar preñada, la narradora comprueba sus temores de estar embarazada (71).

A pesar de que Greta y la narradora experimentan por un tiempo los mismos cambios físicos en sus cuerpos como resultado del embarazo (Nettel, “Felina” 72), las reacciones de la narradora ante la preñez de Greta y su propio embarazo son bien distintas. Mientras describe cómo el embarazo de Greta le provoca entusiasmo, alegría y ternura (71), la narradora evoca la ambivalencia que su propio embarazo provoca en ella: Entra en un estado de pánico e indecisión que la lleva a investigar abortos al mismo tiempo que cumple con los trámites de una beca para financiar su posgrado. El embarazo inesperado la obliga a pensar antes de lo previsto en “si quería y podía asumir la maternidad en ese momento” (72). Finalmente decide renunciar a sus planes y seguir adelante con el embarazo. Durante esa época

confusa de incertidumbre y ajetreo, la narradora nunca deja de cuidar de Greta con esmero, sobre todo mediante mimos y comida: “Le preparaba a Greta platos de comida succulenta” (73).

La preocupación quizá excesiva de la narradora por el bienestar de Greta acaba por causar un aborto que la protagonista sufre al caerse en las escaleras en su apuro por llevar a Greta al veterinario. La pérdida del embarazo es un momento bisagra en la narración, y revela el cariz abyecto de la gestación. En su ensayo *Powers of Horror: An Essay on Abjection*, Kristeva entrelaza de manera explícita el cuerpo materno y lo abyecto (54). Lo abyecto según Kristeva se caracteriza en parte por el traspaso de la separación entre el interior y el exterior:

The body's inside, in that case, shows up in order to compensate for the collapse of the border between inside and outside. It is as if the skin, a fragile container, no longer guaranteed the integrity of one's "own and clean self" [. . .] Urine, blood, sperm, excrement then show up in order to reassure a subject that is lacking its "own and clean self". (*Powers* 53)

Si bien la presencia manifiesta de lo que normalmente el cuerpo contiene dentro de sí señala lo abyecto, entonces el cuerpo materno es abyecto por cómo promete expulsar al feto y la placenta, o bien en el momento de un aborto o bien cuando el embarazo llega a término. El hecho de albergar a otro cuerpo dentro de sí misma durante el embarazo también se podría ver como abyecto por hacer borrosa una separación entre un cuerpo y otro.

La narradora de “Felina” no llega a experimentar la gestación por mucho tiempo. La interrupción de su embarazo, aunque no intencional, apunta a un alejamiento de las expectativas sociales para una mujer fértil en edad de concebir: En vez de convertirse en mamá, la narradora se dedicará a la creación de conocimiento como historiadora. Durante su convivencia con Greta, sin embargo, la cercanía de la gata le permite a la narradora vivir el embarazo y la maternidad de manera indirecta. Esta experiencia indirecta invita a cotejar la maternidad de Greta

y la maternidad que la narradora habría podido vivir si no fuera por la pérdida de su embarazo. La primera escena que la narradora observa después del nacimiento de los gatos es la de Greta, amamantándolos: “[los cachorros] se agitaban constantemente, aferrados a los pechos de su madre, que yacía desparramada frente a ellos, permitiendo que los seis se alimentaran de sus pezones. [. . .] Su entrega a la succión de sus cachorros era total y, al mismo tiempo, no podía verse más pletórica” (Nettel, “Felina” 79). A pesar del idilio de esta imagen de Greta alimentando a sus “hijos” (crías) con su propio cuerpo, satisfecha en su nuevo papel de madre, todo lo que la narradora nos viene contando indica que su maternidad no habría sido tan sencilla ni deleitosa como la de la gata: ella misma reconoce que habría sido una madre soltera y joven (72), habría tenido que desistir de sus planes de estudiar un posgrado en el extranjero (75) y, además, la noticia de su embarazo no planeado la había llenado de dudas (72). El cuadro que la narradora pinta de cómo sería su vida como mamá es bastante desolado. La falta total de referencias a parientes en la narración es de notar. Los lazos afectivos más fuertes unen la protagonista a su gata, a quien cuida, y a su asesora, quien se porta “como una madre” (78). Durante la profunda depresión de la protagonista,⁸ la persona que la cuida cuando ella misma deja de alimentarse no es un familiar, sino su asesora de tesis, Marisa. En “Felina”, la única maternidad que es posible idealizar es la de Greta.

⁸ La narradora interpreta la depresión en la que se sume después del aborto como evidencia de la cercanía entre los seres humanos y otras especies: “yo también era un animal y tanto mi cuerpo como mi mente reaccionaban a la pérdida de mi descendencia de la misma manera en que lo habría hecho Greta” (Nettel, “Felina” 77). Esta conjetura sobre la hipotética respuesta de la gata sugiere que la separación entre los humanos y otros animales no es tan tajante como nos gusta suponer. Tanto Alejandro Lámbarry y Marissa Gálvez Cuen como Isabelle Wentworth analizan cómo los cuentos reunidos en *El matrimonio de los peces rojos* cuestionan por completo una jerarquía entre las especies al hacer hincapié en las semejanzas entre los seres humanos y otros animales. Lámbarry y Gálvez Cuen sostienen, “[e]l anti especismo como supresión de la verticalidad entre especies se ve asimilado en la narrativa de Nettel por medio del reconocimiento de una animalidad en sus personajes humanos” (67). De manera semejante, Wentworth arguye que la colección de cuentos deconstruye los binarios que pretenden separar a seres humanos de otras especies (256). Estos dos trabajos críticos, sin embargo, no se detienen en “Felina” en particular.

Si los parientes de la narradora están ausentes en “Felina”, el narrador de “Guerra en los basureros” tiene padres, pero se muestran incapaces de cuidarlo. Al igual que en “Felina”, el narrador narra en primera persona y recuerda desde las alturas de la mediana edad la época en su infancia en que sus papás se separaron, provocando la mudanza del niño a la casa de su tía Claudine. De adulto, el narrador reconoce la incapacidad absoluta de sus padres de cuidar de él: “ninguno de los dos estaba en condiciones psicológicas para hacerse cargo del error que habían engendrado juntos” (Nettel, “Guerra” 43). Aunque sus dos padres, en distintos momentos, le aseguran que su instalación en la casa de la tía Claudine será temporal, la ausencia de un plan con fechas o por lo menos un plazo para el cual sus papás lo buscarán o lo visitarán hace que la situación se parezca más a un abandono.

A pesar de que el narrador afirma haber reconocido en su niñez la ineptitud de sus papás como cuidadores, expresa el enorme amor y ternura que sentía, especialmente por su mamá, quien era “[u]n desastre, en pocas palabras, pero un desastre increíblemente tierno y al cual por supuesto yo estaba más que apegado” (Nettel, “Guerra” 46). Incluso al final del cuento, cuando el narrador aprende que su mamá se tiene que internar en una clínica presuntamente por una adicción, constata que “era a ella a quien pertenecía y era con ella con quien deseaba vivir” (60). Este amor incondicional por su madre contrasta con el sentido chocante de no pertenecer a la familia de su tía. En la casa de sus tíos, el narrador tiene que dormir en “un cuchitril en la azotea”, al lado de la habitación de las empleadas domésticas, Isabel y su madre Clemencia. El rechazo que el narrador percibe hacia él por parte de la familia de su tía sale a la superficie durante las comidas familiares: “Aunque nunca lo expresaron de manera contundente, a la hora de la comida notaba un desagrado general por mis modales y mi forma de comportarme en la mesa” (48). Al inicio del cuento, las comidas marcan una separación tajante entre la familia nuclear, compuesta por Claudine, su esposo y sus dos hijos, y los habitantes de la azotea: el narrador, Isabel y Clemencia.

Por no sentirse bienvenido en la mesa familiar, lo cual refleja su no pertenencia a la casa de su tía, el narrador empieza a comer en solitario (Nettel, “Guerra” 48). En este entorno de soledad y enajenación, la sirvienta Isabel es el único personaje que lo trata con calidez y funge más como una cuidadora que la misma tía Claudine. Otra vez, el papel de cuidadora y el alimentar a otro ser están entrelazados: Isabel le prepara de comer al narrador, quien celebra la exquisitez de su sazón (50). Además, Isabel es la única persona que le hace compañía. A diferencia de sus primos y Claudine, Isabel pasa tiempo con el narrador y los dos conversan, ya sea camino al mercado los sábados o en la cocina (49, 55). Esta amistad entre Isabel y el narrador ilustra cómo los lazos sanguíneos no indican necesariamente mayor cercanía.

El suceso que une a todos menos a Clemencia alrededor de la mesa familiar es la guerra contra una plaga de cucarachas que han invadido la casa, especialmente la cocina.⁹ Para acabar con la plaga, Isabel inventa manjares a base de cucarachas que la familia entera, incluyendo al narrador y a Isabel, disfruta con el placer doble de saborear algo que sabe rico y de derrotar la invasión (Nettel, “Guerra” 57-58). El narrador, sin embargo, se identifica con los mismos bichos que busca exterminar.

Al inicio del cuento, el narrador nota algunos de sus hábitos que, sin que nos lo diga explícitamente, se parecen a los de insectos, tal y como la costumbre de refugiarse en las esquinas de habitaciones y de caminar muy junto a muros (Nettel, “Guerra” 43). A continuación, nos relata cómo su afinidad por los bichos y el parecido que guarda con ellos provienen de su infancia. El primer momento en el relato en que el narrador se reconoce en una cucaracha ocurre durante una de sus salidas nocturnas sigilosas en busca de meriendas:

⁹ El nombre del personaje, Clemencia, refleja su actitud compasiva hacia las cucarachas. La manera en que el narrador ve las cucarachas cambia a lo largo del cuento, pero Clemencia es el único personaje que se niega desde el principio a participar en la guerra contra los bichos y profesa su admiración por las cucarachas (Nettel, “Guerra” 58-59).

Me pareció que aquel insecto me miraba y en sus ojos reconocí la misma sorpresa y desconfianza que yo sentía por él. Acto seguido, se echó a correr atolondrado, hacia todas partes. Su nerviosismo me dio asco y, al mismo tiempo, me produjo una sensación familiar. ¿O fue acaso la sensación de familiaridad la que me produjo el rechazo? (Nettel, “Guerra” 50)

El pasaje subraya la forma en que el narrador se ve reflejado en un insecto con frecuencia repudiado. El narrador cuestiona si el asco que siente proviene de la cucaracha en sí o más bien de la afinidad entre él mismo y el bicho. Esta cercanía ambivalente se intensifica al final del cuento cuando el narrador descubre que su mamá no volverá por él en mucho tiempo porque se tiene que internar en un centro de rehabilitación. En medio del desamparo y tristeza que su abandono provoca, el narrador recuerda que la única compañía que tenía durante aquella noche desoladora fue la de una cucaracha, “[u]na cucaracha huérfana, probablemente asustada, que no sabía hacia dónde moverse” (61). Así termina el cuento. Este final no expresa el asco que el narrador evocaba antes. Al contrario, el énfasis en la compañía y la desprotección compartidas alude al nacimiento de cierta simpatía, o por lo menos aceptación, entre el narrador y el insecto.

La identificación clara del narrador con las cucarachas es abyecta por cómo viola una separación entre el Yo y el Otro; el narrador encuentra en el Otro-- la cucaracha--una versión de sí mismo. Kristeva caracteriza lo abyecto como “a **repulsive** gift that the Other, having become *alter ego*, drops so that “I” does not disappear in it but finds, in that sublime alienation, a forfeited existence” (el énfasis es mío) (Kristeva, *Powers* 9). El oxímoron, “un regalo repulsivo”, en el lenguaje de Kristeva evoca la reacción ambivalente del narrador frente a las cucarachas: su primer encuentro con una le inspira rechazo y asco, pero para finales del cuento, parece aceptar su compañía. Es más, la cucaracha huérfana, desprotegida y

miedosa, se presenta como el alter ego del narrador, recién abandonado por su madre.¹⁰

En la relación entre el narrador y las cucarachas opera una especie de doble abyección: por un lado, la forma en que el narrador se reconoce en las cucarachas es abyecta porque socava una frontera tajante entre el Yo y el Otro. Por otro lado, los banquetes hechos de cucarachas también se podrían calificar de abyectos. Cuando el narrador y la familia de Claudine disfrutan de las delicias que Isabel confecciona, ingieren lo externo, violando así una separación entre el exterior y el interior del cuerpo. En el caso particular del narrador, la ingesta de cucarachas también traiciona a su alter ego; es como si se ingiriera a sí mismo. Si bien la guerra contra las cucarachas apunta a una división infranqueable entre los bichos y los humanos, la identificación del narrador con las cucarachas y el consumo de ellas erosiona por completo tal división. Además, la desaprobación que el narrador intuye hasta que comienza a consumir a su alter ego sugiere que las familias biológicas, ya sean nucleares o extendidas, no son necesariamente las más aptas para ejercer de cuidadoras.

La posibilidad de sanar relaciones insostenibles gracias a configuraciones familiares alternativas se desarrolla con mucho más detalle y extensión en la novela de Nettel *La hija única*. En la novela, diversas relaciones maternas se entretajan y se relatan a través de Laura, la narradora homodiegética que a la vez observa y participa en los hechos que narra en primera persona (Beristáin 357). Las familias en las que acaba imbricándose incluyen la de una de sus mejores amigas, Alina. Después de recurrir a múltiples tratamientos de fertilidad, Alina y su pareja, Aurelio, se regocijan por la noticia del embarazo de Alina. A finales del séptimo mes del embarazo a todas luces sin complicaciones, Alina y Aurelio descubren que el cerebro de su hija todavía por nacer, Inés, tiene dos anormalidades que, según

¹⁰ Aunque no analiza “Guerra en los basureros” a detalle, Emanuela Jossa observa cómo la percepción que tiene el narrador de las cucarachas y la posición de éstas en la narración cambian en el cuento (167-168).

los médicos, harán imposible la vida fuera del útero. Cuando Inés nace y, contra todo pronóstico, se empeña en vivir (Nettel, *La hija* 106), trastoca todas las expectativas de sus padres, quienes tienen que adaptarse al panorama inesperado de cuidar y amar a una hija con graves problemas médicos. En paralelo, Laura se involucra sin habérselo planteado en la vida de sus vecinos Doris y Nicolás. Doris es viuda, sobreviviente de una relación abusiva con su esposo fallecido que la dejó con un hijo, Nicolás, de unos ocho años en el momento de la narración. Doris y Nicolás tienen que buscar una salida a una relación poco saludable en la que Nicolás reproduce los comportamientos abusivos de su padre y Doris se sume en una depresión profunda. La vida de Laura y su relación algo tensa con su propia madre se entrelaza de manera inextricable con las experiencias de estas dos familias que atraviesan épocas retadoras en lo extremo.

Desde el principio de su narración, Laura busca conexiones entre el mundo animal y el comportamiento de los seres humanos. Sus observaciones de los animales tienen efectos ambivalentes: ilustran el impulso de cuidar de un ser indefenso, ya sea su prole biológica o no, y, a la vez resaltan el lado más oscuro de la maternidad. La presencia animal más desarrollada y significativa en la narración es la construcción de un nido de palomas.¹¹ Laura misma se pregunta qué sentido podría extrapolar de la pareja de palomas y su cría que habitaron por un tiempo su balcón (Nettel, *La hija* 151). Aunque el nido y las aves son polivalentes, una de sus funciones más importantes en la narración es la de abrir un resquicio en la decisión contundente de la narradora de no matar.

Laura describe el asomo del instinto materno en su vida como un momento de debilidad en que dejó de ver claramente lo que quería construir en su vida (Nettel, *La hija* 22). Inmediatamente después de sentir por unos instantes la posibilidad de quedar embarazada, toma la decisión de esterilizarse a los treinta y pico años (23). Por la misma época, Laura regresa a la Ciudad de México de su

¹¹ Rosenberg no se enfoca en la presencia animal en *La hija única*. Reconoce, sin embargo, que “el nido de las palomas funciona como un reflejo, una parábola, y un enigma acerca de la naturaleza de la maternidad a lo largo de la novela” (182).

estancia en París para terminar su tesis en literatura, un trabajo de creación que compara con la gestación de Inés (41). Su instalación en su nuevo departamento está marcada por dos presencias inesperadas: la de la pareja de palomas que se empeñan en armar su nido en el balcón, aunque Laura lo desarma una vez (42), y la de sus vecinos Doris y Nicolás. Mientras Laura observa a las palomas que construyen su segundo nido y nota la aparición de dos huevos, lo cual le impide destruir el nido otra vez (49), comienza a hacer un esfuerzo por conocer a Nicolás, el hijo pequeño de su vecina. Tras una de las primeras explosiones de Nicolás que Laura oye a través de las paredes de su departamento, Laura se da cuenta de la vulnerabilidad que el niño transmite en sus llantos y ella expresa compasión: “Decidí hacer un esfuerzo y escucharlo” (45). A partir de allí, Laura comienza a ofrecerse para pasar tiempo con Nicolás. Laura recuerda cuánto Nicolás la conmueve la primera vez que salen juntos con Doris para ir al parque: “Todavía me conmueve acordarme de la cara de felicidad que tenía el niño cuando salimos del edificio” (75). Este recuerdo de la felicidad de Nicolás sugiere que, a pesar de su negativa a ser madre, Laura es capaz de enternecerse ante los niños, y quiere apoyar a Nicolás.

La asociación entre el mundo animal y el impulso de cuidar a otro ser sale a la superficie en el momento en que nace Inés por una cesárea. Laura compara a Alina a una madre felina: “Lo único que Alina recuerda de ese momento es un paquete de carne tibia, enrojecida, y un poco de pelo, al que llenó de besos como una madre felina que lame a su cría recién salida de su vientre” (Nettel, *La hija* 96). Sin embargo, en las horas y los días que siguen al nacimiento de Inés, la emoción por conocerla y verla con vida se tiñe por el asombro de estar ante una situación en la cual Alina nunca se había imaginado por los pronósticos contundentes y pesimistas de todos los médicos. ¿Qué hacer con una recién nacida con necesidades médicas muy complejas que quizá nunca pueda cuidarse de sí misma (108)?

La forma en que Laura narra las circunstancias de Alina establece otro paralelo, esta vez inquietante, con el mundo animal: tanto en los animales como en

los humanos, las capacidades maternas de dar vida y de quitarla están más cercanas de lo que es cómodo reconocer. La cercanía entre el inicio y el final de una vida está presente desde la especie de prólogo sin nombre que precede a la primera parte de la novela. La voz que narra este prólogo en primera persona, quizá Laura, abre la novela observando el sueño plácido de un recién nacido. En su descripción detallada de lo que ve, pasa de comentar la respiración tranquila y la leche que se escurre por los labios del bebé a reflexionar, “pienso que cada día uno de los niños que duermen en todas las cunas del mundo deja de existir” (Nettel, *La hija* 11). El propósito del prólogo parece ser mostrarnos la fragilidad de la frontera que separa un recién nacido vivo y saludable de uno que fallece.

Más adelante, Laura va un paso más allá y relaciona la cercanía entre la vida y la muerte con la figura materna. Su observación del nido de las palomas y la caída desastrosa de uno de los dos huevos encamina a un recuerdo de cuando la perra de su familia devoró a dos de sus cachorros recién nacidos, presuntamente enfermos: “me pregunto cuántas madres devorarían a sus hijos enfermos, así sin más, si la ley no se lo impidiera” (Nettel, *La hija* 74). De esta manera, al mismo tiempo que reconoce la diferencia entre cómo otros animales y los seres humanos asumen la maternidad, su pregunta indirecta abre un espacio por el que atisbar más semejanzas, a pesar nuestro, incluyendo la poca distancia que hay entre cuidar a su prole y consumirla. La proximidad entre la capacidad de dar vida y de quitarla es uno de los rasgos abyectos del poder materno, según Kristeva. Kristeva mantiene que la esencia de lo abyecto en el cuerpo materno se halla en una serie de paradojas: “[D]evotees of the abject, she as well as he, do not cease looking, within what flow from the other’s “innermost being,” for the desirable and terrifying, *nourishing and murderous*, fascinating and abject inside of the maternal body” (el énfasis es mío) (Kristeva, *Powers* 54). Esta caracterización de cómo se percibe el cuerpo materno subraya las capacidades de dar vida y de nutrirla y, por otro lado, de arrebatársela. Todavía en el hospital recuperándose de su cesárea y completamente abrumada por el panorama que se extiende ante ella, Alina desea la desaparición de su hija: “Pensaba en esa carita que tanto había insistido en ver antes de que muriera, y de

la que ahora hubiera querido deshacerse a como diera lugar” (Nettel, *La hija* 108). En respuesta a la situación en la que se encuentra Alina, la pediatra le pasa en secreto un medicamento inyectable que terminaría la vida de su hija sin dolor y sin dejar rastros (111). Así, Alina adquiere el poder y la responsabilidad de decidir si en algún momento la vida de su hija se vuelve insostenible o invivable, dentro de la incertidumbre que la condición de Inés ocasiona. Por la condición compleja de Inés, Alina encarna el doble poder de dar a luz y de acabar con la vida de la bebé cuya vida se sabe especialmente efímera desde su nacimiento.

Si bien el retrato abyecto de la madre colocaría a su prole en el papel de posible víctima, *La hija única* al mismo tiempo nos muestra cómo la relación entre progenie y progenitores se puede asemejar al parasitismo. La índole casi parasitaria de los hijos con respecto a sus padres y, en especial, a sus madres, surge en la novela en las escenas de alimentación, tanto en el nido de palomas como en el hospital. Cuando por fin sale de su huevo la cría de las palomas, Laura describe su cuerpo como “monstruoso” y “horroroso” (Nettel, *La hija* 82; 121) y al poco tiempo, nota su poco parecido con sus supuestos padres (121). A pesar del aspecto espeluznante del polluelo, las palomas “[c]uidaban de él como si se tratara de un tesoro. Lo arrullaban, lo abrigan, se desvivían trayendo insectos al nido para que comiera. Aun así, daba la impresión de que nunca estaba satisfecho” (122). El verbo “desvivirse” resalta los esfuerzos tremendos de ambas palomas por alimentar a su cría, incluso a costa suya. A la vez, la descripción hace hincapié en el apetito insaciable del polluelo. Aunque no lo sabe en el momento de observar esta escena, Laura luego aprenderá de Mónica, la amiga bióloga de Alina, del parasitismo de puesta según el cual un ave deposita sus huevos en el nido de aves de otras especies e incluso puede llegar a deshacerse de los huevos legítimos que ya estaban en el nido (195). Cuando Mónica confirma las sospechas de Laura de que el polluelo no

es en verdad una paloma (203-204), la presencia del polluelo en el nido y su apetito se vuelven literalmente parasitarios.¹²

Al igual que la descripción del polluelo, la de la primera sesión de lactancia entre Alina e Inés resalta el apetito voraz de la bebé y evoca su empeño en mamar en términos parasitarios. La primera vez que Alina le da el pecho a Inés, lo hace casi en contra de su voluntad; la pediatra le abre la bata y coloca a Inés en su pecho:

Inés abrió los labios y *engulló* el pezón como si lo hubiera hecho siempre. En cuanto notó la succión, todo alrededor de Alina empezó a dar vueltas. Hubiera querido levantarse y *salir huyendo*, pero no tenía fuerzas ni siquiera para protestar o para quitarse a la niña de encima. El suelo de aquel lugar era una boca inmensa a punto de *deglutirla*. (el énfasis es mío) (Nettel, *La hija* 107)

Esta descripción retrata a la bebé como si fuera una depredadora y su madre la víctima. El verbo *engullir* implica cierta violencia que luego se confirma cuando la narradora expresa las ganas que tenía Alina de *huir* de la situación ante la amenaza imaginaria de ser *deglutida*. En este lenguaje, la bebé cobra dimensiones monstruosas, aunque es una criatura diminuta e incluso más vulnerable que un bebé promedio. A pesar de esta iniciación en la lactancia humillante e incluso amenazadora, Alina luego experimenta momentos que se describen en términos casi idílicos: “[Alina] [t]rataba de sincronizar su propia respiración con la de ella [Inés], concentrada en no perder el ritmo, pero también abierta al olor de su piel, a la succión, a la temperatura y al peso de su cuerpo” (132). Este pasaje, como el anterior, emplea la palabra “succión”, pero ya no tiene matices violentos. El contraste entre estos dos momentos de amamantar a Inés no le quita importancia a la primera experiencia traumática, sino que señala la ambivalencia con la que Alina experimenta aspectos de la maternidad.

¹² Rosenberg comenta que el parasitismo de puesta en la novela hace que la maternidad se revele “en toda su artificialidad y su externalidad” (182).

La ambivalencia en torno a la maternidad caracteriza otra relación de madre e hijo en la narración: la de Doris y su hijo Nicolás. Cuando Laura logra hacer que su vecina se sincere con ella, Doris se expresa de una forma que recuerda la descripción de la primera vez que Inés toma el pecho de Alina:

Tampoco le [a Nicolás] he dado nada de comer, no vaya a ser que otra vez no le guste lo que cocino. *Consume toda mi energía*. Es como si necesitara *succionar mi fuerza vital* para poder crecer. Sé que lo quiero con el alma, que nada me importa más en el mundo, pero hace días que no logro recordar cómo se siente ese amor. Lo único que siento es hartazgo por su furia y sus constantes groserías. A veces me digo que hubiera sido mejor no tenerlo. Es horrible, ¿no te parece? Las madres *normales* no piensan ese tipo de cosas, ¿verdad? (el énfasis es mío) (Nettel, *La hija* 145)

Aunque Nicolás ya no está en edad de tomar el pecho, Doris emplea los verbos *consumir* y *succionar* para describir su percepción de cómo Nicolás agota su energía. Al mismo tiempo que usa vocablos que sugieren una relación parasitaria de la que ella es víctima, Doris reconoce su amor por su hijo. La violencia que caracteriza su relación, sin embargo, la lleva a cuestionar su decisión de ser madre. A través de Doris, la narración pone en tela de juicio de manera directa qué es ser una madre “normal”.

Además de usar el lenguaje propio del parasitismo para señalar hasta qué punto los hijos, incluso mayores, son absorbentes, la confesión de Doris revela cómo la tensión entre ella y su hijo se manifiesta a través de la alimentación.¹³ La cocina y la relación tensa entre madre e hijo están entrelazadas desde el primer

¹³ En *Contra los hijos (una diatriba)*, la escritora chilena Lina Meruane reflexiona sobre la asociación simbólica y cultural entre matinar y alimentar: “[E]l alimento es siempre metáfora del amoroso cuidado que se requiere de toda madre. El amor y el alimento están unidos por una suerte de cordón umbilical—en inglés las une el sustantivo *nuture*—y se expresan monumentalmente en la leche materna” (126).

momento en que Laura intuye la presencia de sus vecinos por los olores y gritos que le llegan desde el departamento contiguo (Nettel, *La hija* 15). Aunque “por el olor, la comida en esa casa no debe ser ni sana ni apetecible” y Nicolás reacciona con violencia ante los platos que le prepara su mamá (15), estos olores de la cocina son la señal de que Doris todavía cuida de su hijo. Cuando los aromas desaparecen por completo, Laura se entera de que Doris ya no sale de la cama para ocuparse de Nicolás (127). En el momento más álgido de la violencia que Nicolás ejerce contra su mamá, le espeta, “¡Sal de una vez de esa maldita cama, ponte a cocinar que para eso eres mi mamá!” (211). En su arrebato de rabia, Nicolás reconoce que cuidar de otro conlleva, entre otras actividades, alimentarlo, y exige de forma grosera que su mamá cumpla esta función normativa de ser madre. La manera en que Nicolás reproduce la violencia que su papá antes les había infligido obstaculiza la expresión del amor de su madre, sin embargo, y hace que Doris sea incapaz de cuidar de su hijo en algo tan básico como la alimentación.

En esta situación disfuncional en la que la pareja sanguínea de madre e hijo ya no puede convivir, la narradora Laura se ofrece como una madre sustituta para Nicolás. En buena medida, es a través de la comida que Laura expresa el cariño que le tiene al niño y su voluntad de cuidar de él. Desde el comienzo del acercamiento entre Laura y Nicolás, la comida apetitosa está presente. En su primera salida, juntos con Doris, disfrutan de un helado que Nicolás “devoró extasiado” (Nettel, *La hija única* 75). Como narradora, Laura toma nota de las reacciones de Nicolás ante la comida que le sirve, lo cual indica cuánto le importa su vínculo incipiente con el niño. A partir de ese primer helado, Laura apoya a Nicolás en sus momentos más desamparados cuando Doris no puede ejercer su papel de madre y, en cada una de estas ocasiones, Laura le convida a Nicolás a comer una merienda o comida. Durante una pelea en que Nicolás se porta especialmente violento, Doris lo deja solo en el apartamento, y Laura acude a la casa de sus vecinos para consolar al niño (102). Para calmarlo, le ofrece galletas. Aunque son galletas empaquetadas, la reacción de Nicolás impresiona a Laura: “Nunca se me va a olvidar la cara que puso cuando se metió la primera en la boca” (103). En este momento, Laura reitera

delante de Nicolás su decisión de no tener hijos, “ni siquiera adoptivos” (103). Aun así, su preocupación por Nicolás y los cuidados que le prodiga cuando el niño se encuentra desprotegido conminan la contundencia de esta decisión y dejan vislumbrar la posibilidad de relaciones de cuidado que rebasan definiciones y relaciones convencionales.¹⁴

El papel de Laura como cuidadora temporal de Nicolás se convierte en un arreglo acordado con Doris cuando Laura aprende que su vecina ha dejado de cocinar o de prepararle de comer a Nicolás por el estado de su salud mental y la volubilidad del vínculo con su hijo. Frente a la sensación antes citada de que Nicolás le succiona su energía, dejándola incapaz de cuidarse a sí misma y mucho menos a su hijo, Doris toma la decisión de mandarlo a vivir por un tiempo con la familia de su hermana, que conserva la estructura tradicional de una familia nuclear con dos padres e hijos (Nettel, *La hija* 145; 218). Durante el tiempo que Nicolás pasa bajo el cuidado de Laura antes de vivir con su tía, Laura se esmera en prepararle platos ricos y a la vez nutritivos (157), incluyendo un “desayuno banquete” de despedida (218). Los esfuerzos que Laura invierte en prepararle de comer a su vecino evidencian cómo el amar, el cuidar y el alimentar están unidos (157).

Si bien Laura acaba por aceptar que Nicolás estuviese mejor con la familia tradicional de su tía en lo que Doris se recupere (Nettel, *La hija* 218), los desenlaces de las dos tramas entrelazadas de la novela subrayan la necesidad de dejar de venerar la familia biológica como la mejor opción para la crianza. La presencia de las aves en la narración y la expresión del amor a través de la comida señalan la conclusión a la que llega Mónica, la bióloga: “Las familias biológicas son una imposición, y ya va siendo hora de desacralizarlas. No hay ningún motivo para que nos

¹⁴ Acerca de la decisión de Laura de no ser madre y la manera en que ejerce el maternaje, Rosenberg constata, “El rechazo inicial de la protagonista de la novela de Nettel [Laura] hacia la maternidad no se convertirá en devoción, quizá porque el maternaje está diseminado en diferentes personajes humanos y no humanos, pudiendo entonces la narradora-protagonista devolver a las mujeres una autoridad compartida, y maternar ella misma ya de otro modo” (183).

conformemos con ellas si no funcionan” (196). Esta aseveración va precedida por unos ejemplos de cómo “hembras de diferentes especies se hacen cargo de los cachorros de otras” (195), y Mónica menciona en concreto las madrinan entre los delfines y el fenómeno del parasitismo de puesta en algunas aves (195). Mónica trae a colación los ejemplos de otros animales que recurren a madres sustitutas para aligerar la carga sobre la madre biológica a fin de apaciguar el temor que siente Alina de que Inés se encariñe más con su cuidadora Marlene que con sus padres biológicos.

Al final, en lugar de dejarse consumir por los celos, Alina reconoce la relación simbiótica que existe entre Inés, Marlene, Alina y Aurelio. Marlene se sabe incapaz de tener hijos propios (Nettel, *La hija* 194), y necesita a Inés tanto como Alina y Aurelio necesitan a Marlene para evitar el agobio total que expresó Alina en su primera sesión de lactancia cuando sentía que iba a ser *deglutida* (el énfasis es mío) (215; 107).¹⁵ La decisión de formar una familia alternativa que vive bajo el mismo techo y comparte los cuidados que Inés necesita, y el amor que da, se consolida en una cena que comparten con Laura, la cual concluye la trama que gira en torno a Inés. Laura reflexiona, “[l]a cena estuvo alegre y relajada. Bebimos mezcal y luego vino. El mole que había cocinado Marlene era una delicia” (227). La alegría de esta cena riquísima es el fruto de una configuración familiar nueva en la que tres adultos reparten y comparten las responsabilidades de cuidar y las tareas domésticas: Aurelio y Marlene cocinan juntos mientras Alina duerme a Inés.

El cierre de la trama centrada en Laura y su relación con Nicolás y Doris también nos hace entrever, en parte mediante las comidas compartidas y la presencia de las aves, la posibilidad de formar vínculos familiares no (hetero)normativos. Después de la partida de Nicolás para la casa de su tía en otro estado, Laura comienza a cuidar de Doris con la esperanza de ayudarla a

¹⁵ Es cierto que Marlene depende económicamente de Alina y Aurelio, quienes son sus empleadores. Si bien existe una relación desigual de poder socioeconómico, Marlene no renuncia a la crianza de hijos propios porque no puede tenerlos. Entonces, cuidar de Inés satisface de alguna manera su deseo de matinar (Nettel, *La hija* 194-195). Con respecto a las desigualdades que el puesto de cuidadora puertas adentro implica, las obras *Las homicidas* y *Limpia* de Alia Trabucco Zerán son reveladoras.

recuperarse del trauma infligido por su esposo. Cuidar de Doris implica prepararle platos saludables, como “una ensalada y un buen plato de pasta” (Nettel, *La hija* 224), y llevarla al mercado orgánico (228). Laura le prodiga sus cuidados: no sólo alimenta a Doris en un sentido literal, sino que la acompaña y se preocupa por el bienestar integral de su vecina. La manera amorosa en que Laura cuida de Doris vuelve más estrecho el vínculo que une a las mujeres. Su unión culmina en el amor físico que acaban por compartir para la sorpresa de ambas. La expresión erótica de su amor coincide con el regreso de la pareja de palomas a la viga del balcón de Laura (233). La presencia del nido nuevo que las palomas armaron y que Laura acepta alude a la posibilidad de que Laura, Doris y Nicolás puedan construir una familia juntos, una familia que desafía tanto la relación heteropatriarcal que antes había violentado a Doris como la maternidad biológica que Laura había rechazado.

El cariz abyecto de lo materno que Kristeva identifica y que está presente en las obras de Nettel aquí analizadas abre un resquicio que posibilita una ruptura con el orden patriarcal que intenta imponer roles de género fijos, como la asociación entre la feminidad y la maternidad.¹⁶ La abyección por definición, según Kristeva, amenaza todo orden establecido, y la amenaza es femenina: “The symbolic “exclusory prohibition” that, as a matter of fact, constitutes collective existence does not seem to have, in such cases, sufficient strength to dam up the abject or demoniacal potential of the feminine” (Kristeva, *Powers* 64-65). En “Felina”, “Guerra en los basureros” y *La hija única*, las protagonistas rompen con el molde

¹⁶ En su ensayo “Stabat Mater”, Kristeva sostiene que la asociación tradicional entre la feminidad y la maternidad es una fantasía cultural que, de hecho, ya no existe: “[W]e live in a Civilization where the *consecrated* (religious or secular) representation of femininity is absorbed by motherhood. If, however, one looks at it more closely, this motherhood is the *fantasy* that is nurtured by the adult, man or woman, of a lost territory” (cursivas en el original) (161). También en “Stabat Mater”, Kristeva predica la necesidad de escuchar las experiencias vividas de diferentes madres: “There might doubtless be a way to approach the dark area that motherhood constitutes for a woman; one needs to listen, more carefully than ever, to what mothers are saying today” (Kristeva, “Stabat Mater” 179). La literatura escrita por mujeres que reflexionan en torno a los diversos maternajes posibles es una forma de hacer oír más voces femeninas y de ampliar cómo entendemos los conceptos de maternaje y familia.

tradicional (patriarcal) de ser mujer y de ser madre, y el asomo de lo abyecto en estas obras hace posible la irrupción de roles y relaciones distintas. Si bien lo abyecto en términos de Kristeva es “[t]he in-between, the ambiguous, the composite” (*Powers* 4), la cercanía entre lo abyecto y la maternidad en estas obras de Nettel arroja luz sobre la ambivalencia inherente a las maternidades.

Las tres protagonistas de las obras que analizo encierran lo que podrían parecer contradicciones: La narradora de “Felina” expresa sentimientos encontrados frente a su embarazo porque coincide con su proyecto de estudiar un posgrado en el extranjero; la mamá del narrador de “Guerra en los basureros” es a la vez tierna, amorosa e inepta como cuidadora; Laura rehúsa ser una mamá biológica y acaba encariñándose con Nicolás a tal punto que contempla ayudar a criarlo; Alina siente el deseo inmenso de ser madre, pese a las dificultades reproductivas que experimenta, y luego se enfrenta a una realidad abrumadora una vez que da a luz; el amor de Doris por su hijo Nicolás convive con su incapacidad de cuidarlo. Todas estas relaciones entre madre, o madre potencial, e hijo, o hijo posible, resaltan la ambivalencia que embarga a las mujeres que maternan o podrían hacerlo. Esta ambivalencia parece provenir de un conflicto entre el deseo de maternar, o la posibilidad hipotética de maternar, y el deseo igual de importante de autorrealizarse. La narradora de “Felina” quiere cursar un posgrado para convertirse en historiadora; la mamá del narrador de “Guerra en los basureros” necesita curarse de su adicción; Laura, quizá la más consciente de sus deseos personales, quiere dedicarse a la literatura y la escritura y percibe un conflicto entre estos deseos y el ser mamá; Alina tiene una carrera profesional que le importa como gestora cultura en una galería de arte; y Doris necesita recuperarse de su matrimonio abusivo y violento que la había alejado de su talento y pasión por la música.

En todos estos casos, las mujeres necesitan apoyo que va más allá del padre progenitor dentro de una pareja heterosexual. La familia nuclear en estas obras de Nettel es inexistente o disfuncional, como en el caso de “Felina”, “Guerra en los basureros” y el matrimonio de Doris, o resulta insuficiente para apoyar a las mujeres de tal manera que puedan realizarse y ser madres, como es el caso de Alina.



Ante la inexistencia de un apoyo estatal,¹⁷ las configuraciones familiares alternativas en *La hija única* aluden a la posibilidad de formar redes de apoyo no sanguíneas que hacen más compatibles el maternar y la autorrealización. El desenlace hace vislumbrar una relación amorosa entre Laura y Doris en que podrían criar juntas a Nicolás en un entorno sano y de apoyo mutuo. Por otra parte, Alina y su esposo construyen un arreglo con la cuidadora remunerada de su hija, Marlene, que, si bien nace de la idea de delegar una parte de la crianza, rebasa una relación mercantil entre empleadores y empleada debido a la complejidad de los lazos afectivos que los unen, más allá de lo económico. Los aspectos abyectos de la maternidad que los paralelos con el mundo animal resaltan, sumados al contexto social y cultural de las mujeres en estas obras de Nettel, sugieren que las que maternamos o lo hemos contemplado somos más bien ambivalentes: ¿Cómo conciliar el maternar y la realización de otros proyectos personales y profesionales igual de necesarios?

¹⁷ Tanto Rosenberg como Meruane acusan la carencia de un apoyo social a las y los que m/paternan, lo cual hace que las familias tengan que pagar por el apoyo que necesiten, y las familias sin los recursos para costear una ayuda quedan abandonadas a su suerte. Rosenberg observa que “[l]a sociedad-mercado de las últimas décadas intentó arrinconar en lo privado y doméstico muchos de los soportes que se encontraban diseminados a través del tejido social” (192). Meruane a su vez critica la promoción sociocultural y política de la maternidad en un entorno cada vez más privado en que no existe ningún apoyo institucional o social para las madres. Las madres crían a sus hijos y, muchas veces desempeñan otros papeles también, “[s]in el respaldo de leyes que socialicen la crianza distribuyendo responsabilidades en vez de meros discursos que celebran, sin pudor y públicamente, la procreación como cuestión cada vez más privada. Esos discursos ideológicamente poderosos, pero económica y legalmente insustanciales, corren una velada cortina sobre la difícil realidad que se oculta detrás: la enorme desolación de la madre que se queda en casa y la creciente culpabilización de la que logra salir” (82).

Bibliografía

- Alemany Bay, Carmen. “Lo insólito y lo femenino en algunas narradoras latinoamericanas actuales”. *Hispanérica*, año 49, número 145, abril 2020, pp. 3-12.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. Editorial Porrúa, 2008.
- Bianchi, Paula Daniela. “La fragilidad de las fronteras corporales en la literatura latinoamericana del siglo XXI”. *Revista Chilena de Literatura*, número 101, mayo 2020, pp. 71-101.
- Hecht, Valerie. “Guadalupe Nettel (México, 1973)”. *The Contemporary Spanish-American Novel: Bolaño and After*, Editado por Will H. Corral, Juan E. de Castro y Nicholas Birns, Bloomsbury, 2013.
- Jossa, Emanuela. “Cuerpos asimétricos y bichos. Género y devenir en los cuentos de Salvador Canjura, Claudia Hernández, Guadalupe Nettel y Denise Phé-Funchal”. *Escrituras en femenino en las literaturas centroamericanas: ¿Una cuestión de género?*, editado por Magdalena Perkowska y Werner Mackenbach, University of North Carolina Press, A Contracorriente, 2022, pp. 149-169.
- Kristeva, Julia. “7. Stabat Mater.” *The Kristeva Reader*, Ed. Toril Moi, Basil Blackwell Ltd, 1986, pp. 160-186.
- _____. *Powers of Horror: An Essay on Abjection*. Columbia UP, 1982.
- Lámbarry, Alejandro y Marissa Gálvez Cuen. “Especismo, empatía y diálogo: la ética animal en la narrativa hispanoamericana del siglo XX”. *Iberoamericana*, año 20, número 73, marzo 2020, pp. 57-72.
- Luiselli, Valeria. “El cuerpo escrito de Guadalupe Nettel”. *Nexos: Sociedad, Ciencia, Literatura*, vol. 33, issue 408, diciembre 2011, pp. 59+. *Gale AcademicOneFile*, link.gale.com/apps/doc/A275850154/AONE?u=mlin_w_amhercol&sid=ebsco&xid=0eb64d3b. Accedido 16 julio 2024.
- Meruane, Lina. *Contra los hijos (una diatriba)*. Edición ampliada y revisada. Penguin Random House Grupo Editorial, 2018.
- Nettel, Guadalupe. “Felina”. *El matrimonio de los peces rojos*, Editorial Páginas de Espuma, 2013, pp. 63-81.
- _____. “Guerra en los basureros”. *El matrimonio de los peces rojos*, Editorial Páginas de Espuma, 2013, pp. 43-61.
- _____. *La hija única*. Editorial Anagrama, 2020.
- Perkowska, Magdalena y Werner Mackenbach, eds. *Escritura(s) en femenino en las literaturas centroamericanas: ¿Una cuestión de género?* University of North Carolina Press, A Contracorriente, 2022.
- Rosenberg, Fernando. “Maternar: Familiaridades extrañas en *Los niños* de Carolina Sanín, *La hija única* de Guadalupe Nettel, *La perra* de Pilar



Quintana y *Mugre rosa* de Fernanda Trías”. *Revista Iberoamericana*, vol. LXXXIX, números 282-283, enero-junio 2023, pp. 175-194.

Valverde, Lucie. “La feroz aritmética de la maternidad en “El matrimonio de los peces rojos” de Guadalupe Nettel”. *Revell*, vol. 3, número 20, diciembre de 2018, pp. 126-146.

Vigna, Gaetano Antonio. “El devenir animal de los cuerpos femeninos en tres cuentos de escritoras insólitas de habla hispana”. *Feminismo/s*, 43, enero 2024, pp. 341-363.

Wentworth, Isabelle. “Embodiment and the Animal in Guadalupe Nettel’s *El matrimonio de los peces rojos*”. *Catedral Tomada. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 9, número 16, 2021, pp. 239-277.

Wolfenzon, Carolyn. *Nuevos fantasmas recorren México: lo espectral en la literatura mexicana del siglo XXI*. Vervuert, 2020.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the University Library System, University of Pittsburgh as part of its D-Scribe Digital Publishing Program and is cosponsored by the University of Pittsburgh Press.